EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

AÑO IV | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Plaza de Celina (antiguo local del Gobierno Civil) ANUNCIOS Á PRECIOS ECONÓMICOS | MURCIA 12 DE DICIEMBRE DE 1902 | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1 Fuera, trimestre. . . . . » 3 NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES | NUM 808

LAS FIESTAS DE ABRIL

Sr. Director de EL CORREO DE LEVANTE.

Mi distinguido amigo: verdad dijo su periódico cuando afirmó el otro día que suelo ser colaborador de él: muy de tarde en tarde, añado, tengo esa honra, no por falta de deseo ni de asuntos, sino por sobra de padecimientos físicos y de ocupaciones perentorias. Para demostrar de nuevo que lo soy colaboro otra vez en él, si usted me lo permite, con objeto de iniciar la campaña de este año en pró de las fiestas de Semana Santa y Pascua Florida, de rogarle que la continúe sin descanso, y de suplicar lo mismo, primero á todos sus restantes colegas locales, luego á los demás de la provincia, y á los de las i mediatas de Alicante, Albacete y Almería, y después á los madrileños, en particular á mis amigos «Liberal», «Imparcial», «Heraldo» y «Correspondencia», ésta especialmente, pues ella fué quien más hizo en favor de dichas fiestas, desde el principio y sin interrupción; en particular su incomparable propagandista, mi querido amigo Mestre Martinez, autor de diez y ocho artículos, nada menos, el primer año, y de otros tanto en los posteriores, y al que se deben exclusivamente los trenes de recreo que con gran bondad organizó *todos* los años la compañía del ferrocarril á Madrid, la cual, tan expontánea como generosamente, prometió el pasado ponerle en el actual, sin ningún depósito.

No es manía la que me mueve á tratar de esto, y menos amor propio, pues, si lo tuviera, tratara de cosas de mayor importancia, en concepto de algunos, no en opinión mía, pues ninguna la tiene mayor que procurar el fomento de los intereses morales y materiales de la patria, y ya es cosa probada que las repetidas fiestas, traen ingresos á nuestra ciudad, además de aumentar su importancia, honrado lucro que se reparte entre la industria y el comercio, y que favorece muchísimo á los pobres; si se estudia bien el problema, el comercio y la industria, por patriotismo y por interés bien entendido, deben procurar que no se agote, sino que fluya más copiosa esta fuente de riqueza, y el Ayuntamiento, tutor de todos los murcianos, sin distinción de fortunas, pero más de quienes no la poseen desahogada, debe también hacerlo: con gusto, no solamente reconozco, sino proclamo, que unos y otro se portaron como lo que son, como buenos y clarividentes en los años anteriores, y lo único que les pido es la continuación de su patriótica conducta.

Sabe usted, amigo Bautista Monserrat, (también acierta su periódico al calificarme de amigo suyo), cuanto dinero quedó en Murcia el primer año del festival de Abril? Tuve la paciencia de recoger datos, sin duda incompletos, y de calcularlos muy por bajo en dicho año, y resultó (aseguro que no me equivoqué en el mínimum que voy á fijar, y afirmo que el máximum fué bastante mayor) una entrada de cincuenta mil duros, lo menos, en aquellos ocho días. Es claro que en los años sucesivos el ingreso fué más crecido, porque la concurrencia fué más numerosa y más adinerada.

Pruebas? Ahí van dos, nada más, para no cansar, ambas, al parecer chiquitas, pero de gran peso, si bien se consideran: si alguien deseara más, ó de mayor relumbron, podría aducirlas. No hablamos de fondas, restaurantes, (adaptemos á nuestro idioma esta palabra exótica, ya que tan usada es, imitando á los italianos, quienes llaman restaurantes á los restaurants), casas de huéspedes, de comidas, merenderos, figones, cafés, cervecerías y tabernas, ni de alquiladores de carruajes y de vendedores ó productores de artículos alimenticios, por ser evidente su ganancia y veamos lo sucedido con los comercios é industrias no de absoluta necesidad y hasta de lujo. En uno de los de este género quejábanse los dependientes, mustios y lacios, por no saber donde tenían nada en el almacén, tan revuelto estaba á causa de la enorme venta de aquel tiempo: por eso no pudo comprar allí un objeto que pidió cierto forastero á quien yo acompañaba. Otro me contó que tuvo que recorrer varias zapaterías para hallar unas botas que necesitaba, por no encontrarlas á su medida, á causa de haber casi agotado enteras sus existencias, le dijeron.

Fácil me sería y lo mismo á cualquiera, multiplicar los ejemplos, tan abundantes, pues en todos los años los hay de este linaje, pero cansado é inútil, por ser del dominio de todos; por eso me abstengo de citar más, y omito lo mucho que queda por decir en pró de las fiestas de Abril, concluyendo con pedir al Ayuntamiento, tan solícito siempre, al comercio y á la industria, tan generosos otros años, al Casino, quien tan gallardas muestras dió de su buen gusto y de su murcianismo, al moderno Círculo de Bellas Artes, alta demostración de la cultura murciana, y, en fin, para que no se me olvide ninguno, dénse todos por citados y aludidos, á cuantas corporaciones, clases é individualidades interese nuestra hermosísima patria, no como merece apreciada por quienes no la conocen, admiradísima por cuantos la visitan, pero sobre todo á los jóvenes, poseedores del entusiasmo, de la fuerza, de la salud y de las iniciativas, que ayuden todos, cada cual en la medida de sus aficiones, sin desmayar por los obstáculos, que se presentarán sin duda, ni creer que el grano de arena es despreciable, pues de ellos están formadas las montañas.

Todo caería por la base, confío en que no caerá, si la prensa, el gran motor de los tiempos modernos, no tomase á empeño la empresa: por eso á ella, en primer término me dirijo, como compañero, pues me enorgullezco de haber sido periodista, rogando á todos, comenzando por usted, que perdonen la molestia á su afectísimo amigo, s. s. q. l. b. l. m.,

El Marqués de Aledo.

ESTANTANEAS

FLORES DE INVIERNO

Cuando se agotan los campos
y se desnudan las ramas
y se retuercen de frío
las entumecidas plantas,
crece la flor del invierno
entre nieve y entre escarcha
sufriendo los vendavales
que sobre los troncos braman,
é inclinando las corolas
rudos embates aguantan
esas flores bendecidas
que de perlas coronadas
duermen durante las sombras
para ser por las mañanas
reinas de lacios turbantes
de diamantes coronadas.

No asi la flor del verano.
con su derroche de galas
tiene la hermosa poesía
que la del invierno guarda.

La del verano disfrutan
luz y color desde el alba
y las riega el agua limpia
con besos de brisas plácidas;
ni el huracán las combate
ni la nieve las abrasa
ni las nubes oscurecen
las luces que las halagan.

Esas de invierno sí llevan
la poesía de las almas
que en la lucha de la vida
sufren mil penas amargas.

Los diamantes de sus pétalos
que lucen por las mañanas
fueron martirios, dolores
que entre la noche callada
sufrieron muy en silencio
mientras la nube bramaba.

El agua que beben, viene
de un turbión que en la montaña
arrasó lleno de furia
rocas y tierras y ramas.

Por eso son sus matices
de palideces simpáticas;
son las vírgenes que sueñan
sentimentales, románticas;
castas doncellas que un soplo
de la muerte las separa.

Sus diamantes, por lo mismo
que sus pétalos abrasan,
tienen más luz que los otros,
porque el sol que se derrama
sobre sus pálidos cálices,
para beberse la escarcha
no tiene bastante aliento
y las deja coronadas
hasta que cierra la noche,
desde que aparece el alba...
¡Flores de invierno benditas,
cuánto decís á mi alma
y con qué placer tan grande
os acaricio en las ramas!

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

Al pié de la letra

El tuerto de Azara pasaba por ser el mozo más espabilado de su lugar y de los del contorno.

El más espabilado y más dispuesto para todas las labores agrícolas.

Nadie hacía las cosas tan bien como el tuerto. Si se trataba de arar, él era el que araba mejor; si se trataba de segar, él era el que mejor segaba, y así sucesivamente...

Pues tratándose de juegos, bromas y diversiones... ¡no digo nada! A bailar, á pulsear, á tirar la barra, no había quien le echara el pié adelante: ni tampoco á hacer burla de los mozos forasteros que venían al lugar, ni á decir un chiste á tiempo para hacer reir á la gente.

También era el que sabía más de todas las cosas, y su fallos se tenían por inapelables.

Contaba un baturrico una noticia inverosímil ó un suceso maravilloso, verbigracia, que en Barbuñales había una burra que sabía cantar los *kiries*; los oyentes manifestaban desde luego cierta duda rayana á la incredulidad, alguno de ellos se atrevía á decir que no podía ser, tras de lo cual todos los del corro se iban pronunciando par la negativa... El baturro narrador insistía en su afirmación, y cuando se veía ya muy apurado, porque no podía convencer al auditorio, esclamaba:

—¡Rediez!... ¡Lo ha dicho Casimiro!

Y desde aquel momento ya nadie se atrevía á contradecirle.

Ya se sabía: en diciendo de cualquier cosa por extraordinaria é increible que fuese: «lo ha dicho Casimiro», pues así se llamaba el tuerto, todo el mundo bajaba la cabeza.

Puede decirse que, aunque no eran materialmente ciegos sus paisanos... ni él tampoco era tuerto del todo, pues no era más que remellón, vamos, que tenía un poco esgarrado el lagrimal del ojo zquierdo, pero le llamaban el tuerto, según decía el secretario del lugar, por *metronimia*; puede decirse, repito, que sin ser sus paisanos materialmente ciegos, ni él tuerto de verdad, tenía allí aplicación el refrán conocido, y que el tuerto de Azara era el rey en su tierra.

Como podía cortejar á la muchacha que más le agradara y casarse con la que mejor le pareciera, pues ninguna le podía dar calabazas sin exponerse á pasar entre la sociedad por loca de remate, se casó efectivamente el tuerto con una baturreja bastante agraciada y no desprovista de terrones, como que era hija única y huérfana ya de padre y madre.

Vivían muy á gusto Casimiro y Escolástica (que así se llamaba la baturra) y bastante desahogadamente porque teniendo como he dicho que tenía ella muy buenas tierricas y siendo él como era trabajador, no les faltaba nada.

¿Trabajador he dicho que era el tuerto?... pues crean ustedes que he dicho muy poco: era una fiera para el trabajo: se metía por las faenas más duras como un león, y no acertaba á dejarlas.

Es verdad que también para comer era una fiera; comía como un lobo; lo cual no podía menos de traerle un día ú otro algún contratiempo.

Y efectivamente, tanto y tan bueno se atracó una tarde de bacalao con pimientos, que le sobrevino una indigestión horrorosa.

Allá contra la media noche despertó con unos dolores terribles y empezó á dar vuelcos en la cama como un desesperado.

Se levantó su mujer y dió en medicinarle con todo lo que se la alcanzaba, sin acertar á producirle el más ligero alivio. Quiso darle una taza de té, y como no lo tenía en casa tuvo que salir á buscarlo á casa de una vecina.

—¡Tía Melchora! ¡Tía Melchora!...—gritaba golpeando mucho á la puerta.

—¿Qué hay... ¿qué quieres?...—la contestó la vecina muy despavorida y asustada.

—Que á ver si me hace usted el favor de darme un poco de té, para Casimiro, que está muy malo de un cólico.

—Hija, no lo tengo; pero te daré un poco de aguardiente, que también lo mandan, y le das una copa á ver si se le quita.

—¡Ca! no señora: ya le dí tres, y cada vez está más malo...

En efecto, el pobre Casimiro cada vez tenía más dolores y más fuertes, así es que no bien amaneció, la dijo á su mujer:

—Mira, tú; á ver si mandas á llamar al señor *cerujano*, por que si no, me *pace* que las lío...

—¡Anda! *pos* no estás tu poco asustao. ¡Mejor lo hará Dios, hombre!

—No sé, no sé... pero esto no se puede resistir y si no *me se* quita pronto acabo...

Con lo cual Escolástica buscó á prisa un mozorro que fuese escapado á Peraltilla á llamar á don Timoteo, un practicante, poco más que albeitar, que era el *facultativo* más próximo y con quien estaban avenidos en Azara, pues médico no le había hasta Barbastro.

Vino don Timoteo á media mañana y encontró al tuerto desasosegado y doliosо todavia, si bien algún tanto se le habían amortiguado los dolores con una cataplasma de harina de linaza que le había mandado el señor cura; y después de hacerle varias preguntas, como para enterarse de los antecedentes, le tomó el pulso con solemnidad, y encendiendo un fósforo le dijo:

—¿A ver la lengua?

El tuerto abrió la boca tímidamente y como el practicante no podía ver de la lengua más que la punta, volvió á decirle:

—Sácala más.

—Entonces el tuerto abrió desmesuradamente la boca y echó fuera media cuarta de lengua cubierta de costra blancuzca.

—Bueno, tenla así, le dijo el practicante.

Y después de tocarla con la yema del dedo meñín de la mano izquierda, para cerciorarse de su aspereza y sequedad, tiró la cerilla que tenía en la otra mano, y salió de la alcoba, pidiendo á la consorte, para recetar, papel, tintero y pluma.

Fuera ya de la habitación del enfermo se sentó tranquilamente, tomó un taco, echó un trago de vino, hizo su receta de un par de granos de tártaro emético, dió instrucciones á la mujer sobre la manera como el paciente había de tomarlo y tranquilizándola con la seguridad de que de aquello no se moría su marido, se despidió hasta la semana siguiente, si no volvían á llamarle antes.

La mujer del tuerto cogió la receta y fué á buscar de nuevo al mocete que había ido á llamar al cirujano, para que volviera á marchar á la botica de Barbastro por el vomitivo.

Cuando volvió á casa, después de media hora, llamó á su marido para preguntarle cómo se sentía; pero él no la contestó. Le volvió á llamar otra vez y otras dos... y lo mismo: la callada por respuesta.

—¡Dios mio! —dijo para sí muy asustada—¡si le habrá dado algún accidente!

Encendió luz, pues la alcoba estaba muy oscura y vió al pobre tuerto con el semblante encendido como las brasas y con la lengua fuera.

—¿Qué tienes?—le dijo—¿Estás peor?

El, moviendo la cabeza hacia adelante, la contestó que sí, y por señas también haciendo esparavanes con las manos, la dió á entender que se ahogaba.

—¿No puedes hablar?—tornó á preguntarle llena de angustia.

Y él la contestó por señas que no, moviendo hacia los lados la cabeza.

Salió la pobre mujer de casa dando gritos, diciendo que se moría su marido, que ya se le había quitado el habla, que fuera alguno corriendo tras del señor cirujano para que volviera en seguida.

Por fortuna el practicante no se había marchado del lugar, sino que había entrado en otra casa á ver otro enfermo, y al oir los gritos de Escolástica salió á la calle.

—¿Qué es eso?... ¿Qué pasa?—la preguntó alarmado al verla tan agitada y llorosa.

—Señor, que se muere mi marido—le contestó—ya no habla y se está ahogando, con la lengua afuera...

—¡Cómo!...—exclamó el practicante.—Puede ser que... ¡Habrá pedazo de bruto!—añadió para sí, sospechando lo que sucedía.

Corrió á casa del tuerto, entró en la alcoba, encendió una cerilla y, en efecto, le vió con la lengua afuera, sofocado, ahogándose...

—Cierra la boca y guarda la lengua—le dijo.

El tuerto obedeció inmediatamente.

—Pero hombre ¿por qué no lo habías hecho antes?...

—Como me dijo usted: *tenla así*, yo así creí que me tenía que estar hasta que usted dispusiera otra cosa—le contestó el tuerto fatigado.

Antonio de Valbuena

Periodismo local

A nuestro colega «El Liberal» parece haberle molestado, no sabemos porqué, lo que anoche decíamos sobre transformaciones en los periódicos locales, que de público se anunciaban, no sabemos si con fundamento ó sin él.

No son invenciones nuestras, sino rumores recogidos de público y propalados con insistencia, los que nosotros recogiamos, con el único fin de que los colegas interesados nos dijeran y dijeran al público lo que de verdad hubiera sobre el particular.

Por lo que respecta á la desaparición de «El Diario», que con toda sinceridad lamentaríamos, nada dice hoy este apreciable colega: un redactor del mismo, nos aseguró anoche que no tienen fundamentos tales rumores: celebraríamos que así fuera: pero otras noticias fidedignas nos inducen á creer que aquellos, no estaban del todo desprovistos de fundamento.

«El Liberal», al que solo podía afectar la certeza del rumor en lo referente á un cambio de dirección, que también hubiésemos sentido, porque profesamos amistad sincera á su digno é ilustrado director actual, no se limita hoy á rectificar la especie: sino que incomodado á lo que parece, procura expresarse en términos que quieren ser mortificantes para nosotros: pero que no nos han producido mortificación alguna.

La especie relativa á la desaparición próxima de EL CORREO DE LEVANTE, á raiz del cambio ministerial, solo han podido propalarla ó creerla los que desconocen el verdadero carácter de este periódico, que vive á expensas del público solamente y al que en nada afecta que sea esta ó aquella la situación política imperante.

Tenemos nuestros amigos y nuestras preferencias políticas, hasta la saciedad lo hemos dicho; pero no debemos la vida á ninguna agrupación, y sí á nuestros lectores entre los cuales los hay de todas las significaciones políticas: cuando así lo afirmamos, tenemos derecho á que nos crean los que tanto blasonan de corrección con los compañeros.

Conste, pues, que EL CORREO DE LEVANTE, ni vá á morir ni hay motivo alguno para que muera: y conste también que segun «El Liberal» solo se trata de